

ERA Sumé-Tcheng, hace poco tiempo, figura muy popular en el Barrio Latino... Formaba parte de esa legión de estudiantes amarillos que siguen los cursos de la Sorbona y de las Facultades y convierten la Rue des Ecoles y las encrucijadas vecinas en un barrio mixto de Pekín y Tokio, de Shanghai y Yokohama... Pero Sumé-Tcheng no había sufrido, como la mayoría de sus compañeros y compañeras, la transformación impuesta á los asiáticos por un inconsciente afán de parisianismo... No era caricatura oriental de la silueta *boulevardière*... No frecuentaba el dancing chino de Pascal... No bailaba tangos ni bebía whiskeys... Y menudita, modesta y limpia de afeites, circulaba por el *quartier* vestida con su traje nacional y llevando bajo el brazo su cartera llena de cuadernos y de libros y en las manos el manojito de flores del día, compradas, por un franco, á un vendedor de esquina... Los sábados por la noche, Sumé-Tcheng pasaba un rato en la «Rotonda» ó en el «Domo», al salir del Odeón ó del Teatro Francés...

Y, sonriendo siempre, escuchaba atentamente las conversaciones de sus amigos; pero hablaba muy poco... Había terminado la carrera de Derecho en la Universidad de París, y preparaba la tesis del doctorado... Esto era todo lo que sabíamos de ella. Sin embargo, ya por entonces Sumé-Tcheng pertenecía al Estado Mayor del Kuomintang que preparaba el movimiento nacionalista chino y que tenía en París su organización central... Ya por entonces, entre los libros de clase y los cuadernos de Sumé-Tcheng, había informes secretos de Nankín y cartas aurgales de Chang-Kai-Chek...

Ha pasado el tiempo... Los nacionalistas chinos han conquistado, palmo á palmo, su propio país, liberándole de la tutela europea, de la tutela rusa y de la tutela japonesa, que no eran sino feroces concupiscencias... Y Sumé-Tcheng, la menuda y modesta doctora de años atrás, vuelve á nuestro París internacional, convertida en embajadora extraordinaria de su Gobierno, para decirnos, á los hombres de Occidente, cómo y para qué ha despertado de su letargo secular y se halla en pie dispuesto á la vida activa y á la lucha, el pueblo más grande y de más noble abolengo de Oriente...

He visitado á Sumé-Tcheng, en el pisito de la Rue de Sévres donde la emba-

ja-

Sumé-Tcheng, la estudiante china, doctora en Derecho en la Universidad de París y embajadora extraordinaria del Gobierno de Nankín



P A R I S

Una conversación con Sumé-Tcheng, embajadora de los nacionalistas chinos y nueva mujer de Oriente

Sumé-Tcheng me habla, en un francés que tiene entonaciones y giros infantiles, en contraste con la gravedad y la trascendencia del diálogo:

—Como usted ve, ya hemos vencido; ya no hay China del Norte ni China del Sur; ya no hay sino la gran nación china que renace en la unidad nuevamente lograda...

—¿Qué vale, para la causa nacionalista, la ocupación de Pekín?...

—Es una operación militar que pone término á la guerra civil, por ahora al menos... Esa última batalla hubiera sido ganada hace mucho tiempo, y Tchang-Tso-Lin, el dictador agente del extranjero, habría sido expulsado mucho antes, si la lucha hubiese tenido lugar entre chinos solamente... Pero nuestros peores enemigos no eran los de dentro, sino los de fuera... Por lo demás, Pekín no tiene, para nosotros, más importancia política que otra ciudad cualquiera... Nuestra capital seguirá siendo Nankín, la elegida por Sun Yat Sen, nuestro gran apóstol, padre de la República...

—¿Qué propósitos tiene el Gobierno nacionalista?

—Ante todo, la reconstitución y la reorganización de un país sobre el cual han pesado tantas calamidades... No es obra pequeña, ni de un día... Para defendernos contra la influencia rusa y la amenaza comunista, y para evitar que los jefes militares vuelvan á levantar bandera y á convertirse en pequeños soberanos, la nueva República China estará constituida por una confederación de provincias, cada una de las cuales tendrá, por gobierno, un consejo regional... Y metódicamente, las innumerables partidas de soldados que aún recorren el territorio chino serán desarmadas, utilizándose á los hombres en la construcción de carreteras y de líneas férreas...

—¿Y en lo concerniente á los extranjeros?...

—No somos xenófobos, como parte de la opinión europea supone, fundándose en los inevitables incidentes ocurridos durante la guerra civil... Los extranjeros se hallarán, en China, en las mismas condiciones que los chinos disfruten en el Extranjero... Esto quiere decir que, con arreglo á la justicia y al derecho internacionales, estableceremos un régimen de igualdad y de reciprocidad...

—¿Qué actitud cree usted que adoptarán los generales que aún siguen combatiendo?...

—Si Tchang-Tso-Lin, dueño de la Mandchuria, se repone de sus heridas, es de esperar que se someta al Gobierno central, y en este caso le representará en su provincia... Si así no fuera, emplearíamos contra el dictador manchú la fuerza... En cuanto á Feng-Yu-Siang, su interés está en unirse á nosotros, y es hombre para quien sólo el interés cuenta...

Hay una pausa en nuestra conversación al término de este rápido examen de los grandes problemas... Tal compás me permite recordar que estoy hablando con una mujer, y que esta mujer asume la misión enorme de lograr que el Gobierno nacionalista de Nankín sea reconocido por el Gobierno francés, y que Francia colabore con sus capitales, con sus técnicos, con su amparo y su enseñanza, á la resurrección de China... Deduzco:

—El haber confiado á usted esta embajada extraordinaria supone, por parte de Chang-Kai-Chek y de sus ministros, una resuelta orientación feminista...

Sumé-Tcheng acentúa su perpetua sonrisa con un destello de ironía oriental, y declara:

—Entre nosotros, los nuevos chinos, no hay lucha de sexos ni, por lo tanto, feminismo... Hombres y mujeres hemos colaborado paralelamente y con igual entusiasmo en la obra redentora... Hombres y mujeres hemos luchado juntos, no sólo en la propaganda, sino también en los combates, en las batallas... Entre los mártires de la causa han muerto, fusiladas ó decapitadas, muchas estudiantes de aquellas que asistieron, conmigo, á los cursos de la Sorbona... Estamos, por lo tanto, en pie de igualdad, y los cargos se atribuyen á las personas capaces de desempeñarlos, sin tener en cuenta el sexo para nada...

Así ha hablado Sumé-Tcheng, la nueva mujer de Oriente.

A. G. DE L.

París, 1928.